



LOS ALUDES.

Hé aquí una de las más terribles plagas que amenazan á los viajeros por países montañosos. Muchas son las relaciones que se han escrito acerca de los estragos que ocasiona, y aunque la imaginación del hombre se complace en exagerar la pintura de escenas tan funestas, puede asegurarse que la realidad de las mismas sobrepasa al horror de las descripciones. El alud, suspendido sobre la cabeza del pobre pastor, se desprende de pronto, y es casi imposible libertarse de él. Cierta es que el trueno estalla y le precede, pero la mole de nieve baja con espantosa rapidéz, y arrasa cuanto encuentra.

Por imponente que aparezca este fenómeno, no es más que la consecuencia casual de un inmenso beneficio de la naturaleza, pues esos depósitos de nieve que amontonan en las cordilleras, alimentan los ríos durante el año. No hay en el mundo bienes que no produzcan algunos males, pero los del alud pueden calcularse de antemano. Se cono-

ren con exactitud las localidades amenazadas; los bosques ofrecen abrigos naturales; el pastor prudente construye su cabaña al pié de una roca protectora, y el viajero evita la estación del año, la temperatura y las horas peligrosas, tomando guías prácticos y echando mano á otras precauciones que le sugiere la experiencia de los aldeanos, como son quitar las campanillas á las bestias de carga. También suelen por el contrario tirar pistolazos al aire para determinar el desprendimiento de la nieve. Si son muchos los viajeros, se dividen en grupos para auxiliarse mutuamente en caso de que caigan los aludes.

Los alemanes dan á estos el nombre de *lawinen* ó *lananen*, cuya etimología parece ser el verbo *lanen*, fundirse. Dichas masas de nieve, mas impetuosas que los mismos torrentes, arrancan los árboles y haca las rocas, destrozando cuanto hallan al paso, dejando en pos una desolación, muchas veces irreparable. Aun los objetos que no tocan,

pero que se encuentran inmediatas á su paso, experimentan sus desastrosos efectos. Se han visto cabañas derribadas y árboles tronchados por el viento furioso del alud.

Se conocen los puntos más expuestos á estos estragos, pero la casualidad suele ocasionar los mayores en las montañas de los Alpes, á causa de las *ventiscas ó ventisqueros*, como dicen aquellos naturales, porque efectivamente el viento es el que impele las moles de nieve esparciéndolas en todas direcciones. También las forma reconcentrándolas en las crestas más culminantes y en las pendientes de las montañas: estos aludes no son tan compactos, porque generalmente se renuevan á menudo, circunstancia que les quita la dureza, que á los grandes depósitos comunican las heladas del invierno.

Los que por recreo visitan las montañas solo conocen los aludes por su lado pintoresco, y buscan un medio de presenciar su desprendimiento, lo cual consiguen fácilmente, porque los aludes del verano se forman siempre en las altas rocas y solo caen en parajes solitarios, de modo que no ocasionan desgracias. Cualquiera que recorra los altos Alpes puede disfrutar de este espectáculo. El guía señala al viajero un gran filón de plata, que se desliza por el monte dando saltos, hasta que se rompe en mil trozos, los cuales van desapareciendo á lo lejos. Este inmenso trueno, en medio de un cielo tranquilo, sin otro eco que los de los valles inmediatos, es recibido por las aclamaciones de los espectadores admirados, al paso que el Rhin, el Ródano y el Adige reciben un nuevo tributo de aquellos fragmentos de nieve que ruedan desde lo alto de las montañas. Las nieves de *Antan* forman los ríos para todo el año; pronto se convertirán en nubes, en torno de las grandes crestas que las atraen. Tal es el círculo trazado por la mano del Hacedor Supremo.

Los anales de los países montañosos están llenos de catástrofes acaecidas por causa de los aludes. En 1447 una de estas masas terribles sepultó á sesenta soldados suizos con muchos caballos en el paso del San Gotardo. En 1501 perecieron cien hombres del mismo modo al atravesar el San Bernardo. El día 28 de enero de 1689, casi todo el pueblo de Saaz, en el país de los Grisones, fué destruido por un alud, que mató cincuenta y siete personas.

El caballero Gaspar de Grandenburgo de Zoug, teniente coronel al servicio de España, bajaba del San Gotardo al valle Levantino con un criado. Era la primavera y ya se acercaban á Airolo, cuando se vieron en volutas repentinamente por un enorme alud, desprendido de los Alpes. Un perro que les acompañaba á alguna distancia no participó de su triste suerte; inquieto al observar que habían desaparecido, se detuvo, aulló, registró entre la nieve; pero viendo que sus esfuerzos eran inútiles volvió al hospicio de San Gotardo, donde su amo había pasado la noche anterior. Allí repitió sus aullidos con mas fuerza como si pidiese á los monjes que le siguiesen: estos lo hicieron al siguiente día, notando que dos veces había bajado al valle y vuelto al hospicio siempre solo: sospecharon pues algun acontecimiento siniestro y fueron detras del perro que los condujo al mismo sitio en que su amo había desaparecido. Al ver el alud comprendieron todo: echaron mano de los instrumentos necesarios, y despues de un penoso y largo trabajo descubrieron á los dos infelices viajeros que habían pasado treinta y seis horas debajo de la nieve, y confesaron que despues de Dios debían la vida á su fiel perro. Esperaban en aquel helado calabozo con indecible angustia una muerte tan lenta como dolorosa, y solo les reanimó la esperanza de salvarse cuando oyeron las voces y los instrumentos de los trabajadores, porque la nieve, demasado compacta para que les dejase moverse, permitía que llegase hasta ellos el ruido de las que habían estado á su socorro.

Puede verse en Zoug, en la iglesia de San Osvaldo y sobre la tumba del caballero que murió en 1528, una estela que mandó hacer y en la cual está representado con su can. Este rasgo, distinguido por una oración auténtica y por un monumento que todavía existe, merece ocupar un puesto en la historia de los perros célebres.

TEATRO DE VELEZ DE GUEVARA.

Contemporáneo tambien de Lope de Vega, y compartiendo con él la fama y el aplauso público, Luis VELEZ DE GUEVARA fué uno de los autores de aquella insigne pléyade que ocupó el teatro español en la primer mitad del siglo XVII, y alcanzó á elevarle á tan alto punto de majestad y bizarría.—Su fecundidad (solo escudada por la oscuridad y falta de su gran modelo) le permitió alternar con él en el diario alimento de la escena, en términos que si hemos de creer lo que afirma Montalván en su *Para todos*, llegó á escribir mas de cuatrocientas comedias (de las cuales solo conocemos hoy las que van citadas á continuación en el indice que hemos formado).—Y todas ellas (segun el mismo autor) de pensamientos sutiles, arrojamientos poéticos y versos

«esculentísimos y bizarras, en que no admite comparacion su valiente espíritu.—Verdad es que de aquel número y de esta apasionada crítica haya mucho que relajar, atendida la natural propension á esta clase de exageraciones del panegirista Montalván, y tambien la de Cervantes, que citando á Luis Velez alaba *el rumbo, el tropel, el boato y la grandezza de sus comedias*.

La mayor parte de ellas, en efecto, pertenecen al drama apellidado heroico; tratan argumentos y personajes históricos y elevados, ó de las vidas y hechos de los santos y de los héroes fabulosos; y á todas acompaña el mayor lujo de entonacion y de accesorios de efecto en la escena, especialmente codiciados por el público de aquella época. *La real jurá de Ariamoras*, *Los amotinados de Flandés*, *El hijo del águila ó Don Juan de Austria*, *Las glorias de los Pizarros*, *La duquesa de Sajonia*, *La conquista de Oran*, *El Alba y el Sol*, conocida tambien y representada hasta nuestros dias bajo el título de *La restauracion de España*, *El Principe esclavo*, *La hermosura de Raquel*, y sobre todo el interesante y verdaderamente trágico drama de *Reinar despues de morir ó Doña Inés de Castro*, la primera, si no la única comedia que aun hoy acredita la fama poética de su fecundo autor.

En todas aquellas, á vueltas de bellezas y primores poéticos, de caracteres bien delineados, y de escenas de seguro y calculado efecto, hay, como no podia menos de suceder, enorme desarreglo, disparates increíbles, abuso, en fin, de la misma fecundidad y soltura del ingenio. En todas ellas, empero, se ve al poeta fácil é inspirado, al autor inspirado y audaz. Pero la de *Doña Inés de Castro* respira un perfume tan melancólico y tierno, los caracteres estan tan bien bosquejados, el efecto escénico tan sabiamente conducido, que si no hubiera quedado mas drama que este de Velez, bastaria él solo para colocarle en un lugar distinguido entre nuestros buenos autores. Omitimos citar trozos ni escenas de esta bellissima composicion, pues siendo tan generalmente conocida y estimada, juzgamos inoportuno todo entrecamiento.

El mismo autor que sabía elevarse á tan alto estilo en los dramas de aparato y majestad, y tocar tan sensiblemente los corazones en los de pasion y sentimiento, dejaba correr en otras ocasiones su fácil y elegante pluma, dando rienda suelta á su carácter festivo y á su genio satírico y decidid, del que habíamos mas adelanté, y con el que había sabido granjearse tantos aplausos y satisfacciones en el ejercicio de su profesion forense y en el trato intimo de sus numerosos amigos.—Muchos trozos de sus comedias pudiéramos citar en que se descubre este natural instinto de amabilidad y de urbana crítica, que sin el peligroso ejemplo de Lope hubiera tal vez hecho de Velez, como de Tirso y de Moreto, autores notables en la comedia de costumbres; pero por no alargar demasiado este artículo nos limitaremos á estampar aqui dos preciosos cuentos que pone en boca de los graciosos en las comedias de *No hay contra un padre razon* y de *El ollero de Oruña*:

1.º

Muy largo y mal predicó

cierto religioso un día,

y á una muger que le da

mal de corazon le dió

Al ruido, el padre, parado

preguntó:—¿Qué pudo ser?—

Y dijo uno:—A esta muger

mal de corazon le ha dado.

—Pues ¿de qué (con impaciencia)

dijo el padre) aqui le dió?—

Y el bellaco respondió:

—De óir á su reverencia.

—¿Pues cómo el desvergonzado

(dijo el padre enfurecido)

sabe que es de haberme oido

aquese mal que le ha dado?—

A lo cual el hombre, así

le respondió en un momento:

—Yo lo sé, porque ya siento

que me quiere dar á mí.

2.º

Habis un cierto lugar,

tan desierto, que aun apenas

sus vecinos le sabian:

su planta era en las riberas

de un río cortó de talle

porque á su lugar parecia:

sus vecinos, por ser trece

los cuenta por docena,

pues la maestra de niñas

quedaba fuera de cuenta:

dicen que fué antiguamente
 colonia romana ó griega,
 y ahora por sus pecados
 es española aguja; pero con el buen olor
 de aquella rancia nobleza
 eligen sus magistrados
 con poder sobre las peñas.
 Llegó un día de año nuevo
 donde los cargos se truecan,
 porque todo era postizo;
 y el zapatero, ojo alerta,
 en sabiendo la elección,
 cogió las hormas con prisa
 notable, en una barquilla
 que servía de moleta
 al pueblo, y se fué agua abajo,
 y á poco mas de una legua
 dió fonda en otro lugar
 casi de las propias peñas,
 si bien no tan opulento
 por ser poblacion mas nueva;
 y así teula en la torre
 por campanas dos cigüeñas.
 Admirándose la plebe
 (que era entonces dia de feria)
 de ver al Crispin entrar
 la pedestal herramienta,
 le preguntaron á coros
 y no con poca sospecha
 la causa de su mudanza;
 mas él con la voz serena
 dijoles.—Señores míos,
 oigan, que la causa es está.
 Ya sabran vneas mercedes
 de ab initio y ante secula
 que en mi lugar ó en mi haca,
 (que no vengo para fiestas
 pues dió mal de mi padre
 en desarmando la tienda);
 ya saben que sus vecinos
 por enfermedad secreta
 no llegan al entoreceno:
 pues hoy por costumbre vieja
 hubo eleccion de justicia
 (plegas á Dios que en él se ensuelva),
 pues como se está el lugar
 siempre en sus trece, y es mangua
 en república tan noble
 no hacer la eleccion completa,
 repartieron como digo
 los oficios por cabezas:
 dos alcaldes ordinarios
 (ya saben sus preeminencias),
 uno de los hijosdalgo
 y otro de la villanesca:
 luego un alguacil mayor,
 con que tenemos tres piezas:
 juez de testamentos, cuatro:
 luego un receptor de penas
 de cámara, que son cinco,
 aunque de pujo reventan;
 cuatro regidores, nueve,
 que rigen cuatro carretas;
 el escribano, y alcaide
 de la cárcel que esta en gerga,
 y su poco de verdugo
 cumplen doce; y ellos era
 conmigo trece; pues digo
 á los que saben de cuentas,
 si los doce son justicia
 y yo me he quedado fuera,
 ¿en quien la han de ejecutar
 sino es en mí?—La madera
 de mis hormas me acompaña,
 que no ha de volver á tierra
 de tantos Justos Pastores
 que ahorcarán á una estrella.—

La gloria literaria de Velez de Guevara no estuvo ni está cifrada solamente en sus comedias, sino que ha llegado hasta nosotros unida

tambien á otra de sus discretas obras en que supo demostrar su espíritu de observacion, la gracia y decoro de su crítica, y manejar la prosa con igual perfeccion y donosura que la poética lira; hablamos de la discreta novela titulada *El Diablo Cojuelo, verdades sonadas de la otra vida*, que traducida libremente despues (aunque ciertamente no oscurcida) por Lesage en su *Diable boiteux*, ha quedado hace dos siglos como tipo de esta clase de descripcion crítico-filosófica de las costumbres sociales, y dado lugar á numerosas imitaciones mas ó menos cómicas y célebres.—Esta linda obrita fué publicada por Velez de Guevara en un tomo en octavo, impreso en Madrid en 1641 en la imprenta del Reino, y despues ha tenido varias reimpressiones, siendo la última que conocemos la que con diligente esmero mandó hacer el señor Don Joaquin Maria Ferrer en Paris en 1828; pero desgraciadamente es hoy poco conocida ya entre nosotros, habiéndola sustituido malamente por la traducción de la de Lesage, que, repetimos, no la iguala en mérito ni en la forma ni en el estilo.—De las comedias de Velez tampoco sabemos que se publicara coleccion alguna, y únicamente, segun Brunet, existe una parte ó tomo póstumo, impresa en Sevilla en 1730; pero todas las que citamos en el catálogo adjunto fueron impresas sueltas en Madrid, Valencia, Sevilla y Barcelona.

De la vida y carácter de Velez de Guevara sabemos solamente por Nicolás Antonio, Alvarez Baena y otros eruditos biógrafos, que nació en Ecija en enero de 1574; que vino muy jóven á Madrid, donde ejerciendo su profesion de abogado adquirió grande fama y aprecio; que estuvo casado con Doña Ursula Bravo de Laguna, de quien tuvo un hijo llamado D. Juan, tambien poeta y autor de varias comedias, el cual segun Nicolás Antonio fué oidor de la audiencia de Sevilla; y que tanto este como su padre fueron muy favorecidos de los duques de Veragua, en cuya sepultura en el monasterio de Agustinos de Doña Maria de Aragon fué enterrado Luis Velez á su muerte, acaécida á los setenta y dos años, en el de 1646.—Su piadoso y discreto hijo celebró su memoria en un elegante soneto, que prueba bien que era digno heredero de aquel poético ingenio, y dice así:

«Luz en que se encendió la vital mia,
 De cuya llama soy originado,
 Bien que la vida solo te he imitado,
 Que el alma fuera en mi vana porfia:
 Si eres el sol de nuestra poesia
 Vivo mas que él tu aplauso eternizado,
 Y pues un vivir solo es limitado,
 No te estreches al término de un dia,
 Hoy junta en el deleite la enseñanza
 Tu ingenio á quien el tiempo no consume
 Pues tambien viene á ser aplauso tuyo:
 Y sufra la modestia esta alabanza,
 Á quien por patear mas hijo tuyo
 Quisiera ser un rasgo de tu pluma.»

Á estas escasas noticias biográficas de Luis Velez de Guevara, añadiremos aquí los siguientes párrafos del discreto prólogo con que el diligente y erudito señor Ferrer ilustró la edición de la novela de *El Diablo Cojuelo*, quien recogiendo cuidadosamente las tradiciones y apuntes relativos á su ilustre autor, da una idea de la amenidad de su carácter (y de la popularidad que llegó á obtener en vida.

«No tardó mucho en hacerse distinguir en el foro por su elocuencia, y entre los literatos por la agudeza de su ingenio, correccion y facilidad con que manejaba nuestra hermosa lengua, así en prosa como en verso. Su carácter era tan festivo, que aun en medio de los negocios mas graves no podia dejar de chancosarse, con lo cual atraía á los tribunales donde abogaba un auditorio numeroso. Cuéntase que en una ocasion salvó la vida á un criminal que defendía, escitando la risa en los jueces con una chanzoneta que dejó deslizar en medio de una exhortacion patética con que trataba de captar su benevolencia en favor de los clientes. Obtenida la sentencia, mas favorable de lo que podía esperarse, apeló de ella el fiscal y obtuvo su reforma, saliendo el reo condenado á la pena capital, y el abogado á una multa de consideracion. Para librarse de ella se puso á pleitear con el fiscal y los jueces; y consiguió que el rey D. Felipe IV tomase personalmente conocimiento de una causa tan singular. Con este motivo se presentó Guevara ante S. M. con tal desenfadado, y le representó el caso de una manera tan cómica, que el rey no pudo menos de echarse á reír, con lo cual consiguió no solamente que se le perdonase la multa, sino que á su cliente, que se hallaba condenado á muerte en revista, se le conmutara aquella pena con la de presidio.

«De resultas de este suceso tomó el rey tal afición á Guevara, que no podía pasar sin él, puesto que gustaba mucho de su instruccion, chiste y agudeza; y conociendo que concurrían en él todas las dotes de un buen poeta cómico, le instó á que escribiese las comedias que dió á luz por aquel tiempo, y se representaron en los teatros de la corte. Y como este moarca las escribía tambien y hacia representar

en su palacio, escogió á Luis Velez de Guevara para que se las censurase. Atribuyense á Felipe IV algunas de las comedias que entonces corrieron bajo el nombre de *un ingenio de esta corte*, las que siendo regulares, y aun algunas de ellas muy buenas, es de presumir que recibiesen correcciones y mejoras de una mano tan maestra como la de Guevara, á quien el monarca honró mas adelante con el empleo de *uziel*.

Pasó Velez de Guevara su vida en Madrid gozando constantemente el favor de Felipe IV. Era hombre de carácter suave, afable y caritativo; pero como no se fué dado al hombre poseer á la vez todas las virtudes, ni estar exento de algunos vicios ó defectos, achácanle á nuestro poeta sus contemporáneos el haber sido excesivamente apasionado al bello sexo, pasión que ni la edad ni las enfermedades pudieron corregirle jamás. Todavía se repiten entre nosotros algunos de sus dichos graciosos y satíricos que han pasado á ser proverbiales.

R. DE M. R.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Abadesa (la) del cielo, auto.
 A lo que obliga el ser rey.
 Amor (el) en vizcaino y los celos en francés.
 Amotinados (los) de Flandes.
 Asombro (el) de Turquia, y valiente toledano Francisco de Ribera.
 Atala, azote de Dios, ó la silla de San Pedro.
 Amor (el) hace prodigios.
 Baltasara (la). (Con Coello y Roxas.)
 Boba (la) y el Vizcaino.
 Cerco (el) del Peñon.
 Cerco (el) de Roma, por el rey Desiderio.
 Corte (la) del demonio.
 Conquista (la) de Oran.
 Correr por amor fortuna.
 Cumplir dos obligaciones y duquesa de Sajonia.
 Diabla (el) está en Cantillana.
 Diego Garcia de Paredes, ó El valor no tiene edad.
 Embuste (el) acreditado y disparate creído.
 Espejo (el) del mundo.
 Glorias (las) de los Pizarros, ó Palabras de los reyes.
 Hermosura (la) de Raquel.
 Hijo (el) del águila, ó señor Don Juan de Austria.
 Hijos (los) de la Barbuda.
 Honor (el) de los Guzmanes.
 Juliano Apóstata.
 Lego (el) de Alcalá.
 Luna (la) de la Sierra.
 Marqués (el) del Basto.
 Mesa (la) redonda, auto.
 Mancebon (el) de los palacios.
 Mejor (el) rey en reñones.
 Montañesa (la) de Asturias.
 Negro (el) del mejor amo.
 Nueva (la) ira de Dios y Tamoran de Persia.
 Obligacion (la) á las mugeres.
 Obrero (el) de Ocaña.
 Otro demonio tenemos, Los encantos de Merlín.
 Pleito (el) del diablo con el cura de Madridojos. (Con Roxas y Mercedensuca.)
 Privilegio (el) de las mugeres. (Con Roxas y Coello.)
 Privado (el) perseguido.
 Principe (el) viñador.
 Principe (el) esclavo, ó Escanderbek, (primera y segunda parte).
 Raje (el) de Don Alvaro.
 ¿Qué es la ciencia del reinar?
 Rey (ser) naciendo muger.
 Reinár despues de morir, Doña Inés de Castro.
 Restauración (la) de España, ó El Alba y el Sol.
 Riesgos de amor y amistad.
 Rosa (la) de Alejandria, Santa Catalina.
 Rustico (el) noble en Malta.
 Santa Susana.
 Sucesos (dos) de Oran por el marqués de Avilés.
 También hay piedad sin celos.
 También la afrenta es veneno. (Con otros.)
 También tiene el sol menguante.
 Tres (las) edades del mundo.
 Torneo (los) de Navarra.
 Trea (los) portentos de Dios y Principe de la Iglesia.

Verdugo (el) de Málaga.
 Virtudes vencen señales, ó Negro rey bandolero.
 Zelos (los) hasta los cielos, y desdichada Estefania.
 Zelos, amor y venganza.
 Zelos son bien y ventura.
 Zelos (los) hacen estrellas.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Por fuera zumbaba el viento; pero la habitación en que estaban Rafael, Luisa y su patrona, estaba abrigadísima y caliente, porque era chica y había en la copa muchas y bien encendidas brasas. Fumaba pues Rafael, leía Luisa y la patrona dormía; y los tres en calma oían los silbos del aire al amoroso calor de la lumbre. Reinaba allí un agradable silencio, solo interrumpido de cuando en cuando por un gato, que de poca edad aun para pensar en cosas serias, disfrutaba de la felicidad que proporciona la poca reflexion, retorazando alegremente con cada mendrugillo de pan, ó cosa semejante, que por el suelo topaba.

¡Oh vosotros los que enruetos en el movimiento del mundo seguís con él el rumbo que él sigue, que no puede ser bueno, porque el mundo es uno de los pocos enemigos del alma: vosotros que sentando cada pié en un placer seguís el camino de la vida, y que aun así le encontráis áspero y penoso, lo que tiene forzosamente que suceder, porque no hay placer en esta tierra que valga tres cominos, para andar sobre él á gusto ni aun el dia en que el que los tenga se corte los clavos de los pies! ¡Vosotros, en fin, infelices que no tenéis un momento de calma, que os fastidiáis dividiéndoos, y que procuráis divertirlos mas y mas, para mas y mas cansaros, fastidiaros y aburrirlos ciertamente! Y por último, yo tambien con vosotros, porque de vosotros he sido, hasta que ahora me ha tocado en el corazon la santa verdad, ¡vámonos todos juntos á buscar la felicidad donde ella esta indudablemente, que yo os lo diré con amor de hermano!

La felicidad está en la silenciosa y caliente habitación, y en las bien avenidas personas que he descrito. ¿No presta la paz de este hogar doméstico, el mas suave colorido al aislamiento de ese mundo que tan empalagados nos tiene? ¿No es su reposo el amigo mas dulce, en cuyo seno puede dormir el cansado corazon, mientras el alma se entretiene con blandos y no ambiciosos pensamientos?...

Rafael cuando acabó de fumar, arrojando la punta del cigarro á la pared de enfrente, exclamó con una voz llena de verdad, y tan fuerte que asustó á Luisa, y asustadota tambien despertó á la patrona: ¡Maldita de Dios sea mi suerte!

¡Oh vosotros á quienes iba yo á enseñar dónde estaba la felicidad! Ya lo véis, esta horrible blasfemia me fastidia quitándome la honra de ir á vuestra cabeza á tan importante carceria: por lo visto, no está la felicidad en esta madriguera. ¡Chasco como él! Y no hay duda, aqui se maldice como en todas partes.

Separémonos pues, amigos míos, y buscadla por donde mejor os pareciere: yo ahora no puedo ir con vosotros porque estoy ocupado, así que acabo de escribir pienso tambien buscarla. Muchos siglos cuenta el mundo, y todos los hombres que en él han vivido, quehan sido por supuesto infelices desde el vientre de su madre, han tenido nuestra misma intencion; sin embargo, ni aun en ciegos nos han podido dejar tantos antepasados nada que pueda llamarse felicidad. No importa, queridos compañeros; no hay que desesperar de encontrarla: la desesperacion es gran pecado, y no tiene perdon de Dios, porque es pecado de ingratitud á sus paternales beneficios.

—Alabado sea el nombre del Señor! tartamudeó con voz soñolienta y desgarradble la patrona, de tal modo que á nadie sino á Dios podía lisonjear una alahanza artijulada por tal boca, y prosiguió diciendo: ¡Vaya que tiene este caballero un modo de maldiceir que ya me río yo!

—Pues riase V. y riame yo, y ojalá nos riámos tanto que reventemos de risa, la replicó Rafael en tono descompuesto, colérico y maldiciente, y se levantó de la silla y comenzó á pasear á pasos largos por el cuarto.

Sublime, aunque pecadora figura, hubiera hecho nuestro jóven midiendo con el desconcertado compás de sus piernas, un campo que hubiera sido tan grande como el de su dolor. Probablemente dado el primer paso, hubiera dado tantos y tan largos en la misma direccion, que el espectador le hubiera perdido en el horizonte, y se hubiera quedado encomendándole á Dios, ó al diablo, ó á quien tan de prisa se le llevaba; pero para desesperaciones grandes suele haber coartos chicos, que obligan á la mismísima desesperacion, desbocada en su viaje al

inferno, á dar la vuelta y quedarse por acá, oponiéndola no una gran montaña, sino un miserable tábique de delgadísimo y frágiles ladrillos. Contra todas las cosas hay su casa: contra todos los venenos hay antidotos; contra los siete vicia que envenenan el alma, hay sus siete virtudes correspondientes, que harán vomitar al alma mas terca y de mas fuerte complexion: contra la desesperacion sudariega de Rafael, hubo esta vez un cuarto tibico que la forzó á pararse á las pocas vueltas con la estrechez de sus dimensiones. Paróse delante de Luisa, que sin decir una palabra, pero con la marca eloquentísima de una lágrima que cruzaba su ovalada y pálida mejilla, le miraba con esa ternura ampática que es en el rostro de una mujer hermosa la prueba de que hay alma, de que hay Dios, y de que hay todo lo bueno que se desea que haya.

¿Y por qué esa misma ternura no será prueba de lo mismo en el rostro de una mujer fea?

Esto debe consistir, á mi entender, en la diversa proporción geométrica de las facciones, especialmente de las principales, como las narices, etc.; satisfacción filosófica y razonada, que enteramente aclara mi misteriosa duda.

—¡Pobre Luisa mía! dijo Rafael contemplándola largo rato, sin decir una palabra. ¡Pobre Luisa mía! repitió al fin con un acento salido de lo íntimo de su corazón y besándola en la frente, ya no rabioso, sino tierno, se separó de ella, yo creo que por no llorar como ella lloraba, y volvió á su paseo, aunque no ya con sus descomedidos pasos.

A esta sazón llamaron á la puerta: salió la patrona á abrir, y á poco rato entraron en la habitación, ella y un hombre embozado en una medianá capa azul: con embozos y cuello corto de terciopelo encarnado. ¡Caramba si hace frío! dijo al entrar el recién venido, y des-embosándose despues, y acercando una silla á la copa, se sentó en ella colocando con mucho cuidado sobre sus rodillas los dos extremos de la capa, que estaba coñida á su cuello por unos corchetes de plata de figura de leones coronados. Despues de esto desempaquetó sus manos de unos guantes, no muy suaves, fuertes y agitados; fro-tóselas suavemente, aproximándolas al fuego, y por fin, diciendo á Luisa:—Luisita mía, yo siempre galante con las damas—se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa. Pero ¿qué es esto, prózimo. Ha llorado V.? ¡Voto va el chéjro verde, que siempre hemos de estar así! Bien es, que con ese hermano que Dios le ha dado á V., que en vez de alegrarla no hace mas que pasearse y fumar, necesitando él también de consuelo, no es extraño que suceda esto. Vamos, Luisita mía, vamos, no hay que alligirse así, mire V. que las lágrimas ponen en remojo la cara, y araban con la hermosa. Ea, Rafaelito, venga V. así, siéntese á la lumbré y fumemos mientras nos disponen la cena. Hizolo así Rafael, y apretándole la mano, le dijo:

—De veras, señor D. Ramon, que cada vez le quiero á V. mas.

No está mal colocado el cariño de Rafael, porque era D. Ramon un hombre que con sus cincuenta y tantos años, y su cara blanca, enjuta y arrugada, á la que prestaban aun mas bondad unas patillas casi blancas, como el pelo, convidaba á cualquiera á quererle á primera vista.

—Y hace V. muy bien en quererme así, le replicó D. Ramon, porque yo también le quiero á VV. mucho. Pero vamos á ver, prosiguió, yo quisiera saber á qué vienen estas tristezas. Hoy hace ocho dias que vivimos VV. á vivir aquí: desde que somos compañeros de casa, maldijo al les he visto á VV. pasar un dia sin lágrimas. Los primeros dias les aseguro á VV. que esto me daba rabia; como yo no los conocía á VV. no tenía confianza para decirlos nada, pero ahora mismo, maldijo si sé á que viene tanto lloro.

—Si V. supiera qué desgraciados somos! dijo Rafael.

—Toma! replicó el viejo, ¿y que tiene que ver el ser desgraciado con ser llorón? No digo yo que estén VV. todo el dia llorando; pero, hombre, estar así como yo. ¿Pues que, tan feliz soy? Y óin todo; que diablo! vamos pasando. Qué son VV. pobres, tambien lo soy yo, despues de haber seguido la carrera de las armas y haber llegado en ella al grado de coronel. Es verdad que VV., al parecer, estan solos y sinampur de parientes. Yo, en este punto tengo aquí un hermano riquísimo, que me da una peseta todos los dias, y me convida á comer un domingo si y otro no. En eso tienen VV. razon, no sé cómo se puede vivir en este mundo sin un hermano rico. Un hermano, un pariente cualquiera, son una gran cosa: por lo menos si ellos son ricos y uno es pobre, puede pedirles limosna sin vergüenza.

Calló por un momento nuestro buen militar, se sonrió como quien suspira, ó suspiró como quien se sonríe, y prosiguió en tono de dulce reprension.—Vamos, vamos, señoritos, que no hay por qué suspicars tanto; la juventud es gran cosa, y aun rodeada de males, ella por sí es fuente de bienes y de esperanzas. ¡Pobre de mí! Mi vejez es mala, y si pudiera tener esperanzas, iban á parar á la muerte, ó á la decrepitud, qué es peor que las esperanzas y qué la muerte. Además yo he vivido bien en el mundo, y ahora vivo mal.

—Tambien nosotros, dijo Rafael con cierta expresion que mas era de orgullo que de otra cosa, y como picado de que el buen viejo pudiera creer que ellos habian sido siempre pobres.

Flaqueza es esta que siento confesar en Rafael, pero la tuvo. Verdad es que todos los hombres de cierta educacion, olvidándonos de que no hay mayor pobreza que la de ser hombres, educados ó por educar, miramos con cierta repugnancia y vergüenza la falta de recursos pecuniarios. Y para esto hay una razon de economía política, ó yo no sé de qué ciencia, que consiste en decir: La verdad consiste en ser, pero la razon consiste en decir: que el hombre sin caudal numérico y sonante, da mas que medianos indicios de no tener tampoco caudal de talento, cuyo caudal, además del talento, da no tener tampoco caudal de honradez, de la laboriosidad, etc., etc., etc., y de otra porcion de buenas cosas morales é impalpables, que faltan á muchos ricos herederos, sin que se note; pero que deben obrar al que sin serlo quiera tener esperanzas, aunque no sea mas de ser en la república lo que son los herederos ricos.

Tentado estoy de dejar mi cuento y ponerme á hablar, no en derecho, porque ni lo sé ni me hace al caso, pero si contra todo derecho, ya sea romano, germánico ó patrio, acerca de los testamentos y de las herencias, de los señores y de los esclavos, de una porcion de cosas, y de otra porcion de cosas; pero aunque no me pasan muy buenas ganas, considero que esto habria de disgustar á los lectores, mucho mas aun que el cuento, y considero además que el mundo tiene derecho á seguir mal, derecho que ha adquirido con una posesion de buena fé de muchos años, sin que nadie, por lo tanto, pueda legalmente perturbarle en la pacífica posesion de su mal estar. *Basta qui possidenti.*

Quedamos en aquello de que dijo Rafael, que él y su hermana no habian sido siempre pobres.

—Eso es lo que yo no sabia, respondió D. Ramon, porque aunque es verdad que yo veiz en VV. algo de *sarvadoriano*, como la buena educacion; sin embargo, no teniendo la suficiente confianza para pedirles á VV. esplicaciones acerca de su situacion, no les habia hecho á VV. ninguna pregunta, porque, como casi todos los desgraciados, tengo un carácter muy poco investigador.

—Pues yo, señor D. Ramon, le contaré á V., sin que V. me lo pregunte, todo lo que nos ha pasado en muy poco tiempo, que es todo lo que nos ha pasado en toda nuestra vida.

—Y yo se lo agradeceré á V. mucho, Rafaelito mio.

—Y puede V. agradecermelo, porque esta es, en mi carácter, una gran prueba de amistad.

En esto entró la patrona, trayendo en un cesto de paja todo lo necesario para poner la mesa para cenar. Pusieronse con este motivo en movimiento, Luisa, Rafael y D. Ramon, y entre todos colocaron la mesa en medio de la habitación, precisamente sobre la copa, que no venia mal para dar calor á sus piés, entre tanto que el de la cena pupia en acción el de sus estómagos. Sacó del cesto la patrona un mantel no muy limpio, cubrió con él la mesa, despues de haberla despojada de su estropeado tapeta, y colocó sobre ella hasta tres platos de Talavera, y no fina, acompañados de sus correspondientes cubiertos, que por ser de plata no necesitaban de las iniciales de los huéspedes que tenían grabadas, para ser declarados libres del dominio de la dueña de todas las demás alhajas que componian el aparador. Sentáronse á los dos cabeceras nuestros dos hermanos, teniendo en medio á D. Ramon, y dejando libre el otro lado de la mesa para volutar en él una jarra, tambien de Talavera, ciudad famosísima, y una botellita de cristal, blanca, larga y delgada, que podia haber sido bote de agua de colada, y que contenia ahora la racion de vino del pobre viejo, porque nuestros jóvenes no lo bebían. Entró otra vez la patrona, y les puso de un golpe toda la cena en la mesa con una mano, un plato, casi grande, de guiso de vaca con patatas, y con la otra los postres, que se reducian á manzana y media—cocton gramatical colocada, ó colocadas?—en una frutera de China, famosísimo imperio, que sabe Dios cómo habria venido á aquella casa.

Si los padres eran escudos, estaban servidos con cierta decencia: con rason dice el refran, que Dios aprieta, pero no ahoga.

En fin, despues de haber pedido pan y vasos, que era lo único que se le habia olvidado á la señora Petra, y lo que faltaba para que la mesa estuviera completa, hubo, como se acordó de ver, todos los instrumentos necesarios para que las personas racionales coman.

—Con que vamos, Rafaelito, dijo D. Ramon, cuénteme V., cuénteme V. lo que le ha sucedido.

—Cenamos, respondió Rafael, y despues yo le contaré á V. lo que V. quiera, cuando se haya ido á dormir esa buena mujer, que para nada necesita saber quién yo soy.

—Recelo de niño, dijo D. Ramon.

—No es sino orgullo de una especie muy rara.

—Pues á ese orgullo de una especie muy rara, es á lo que yo llamo recelo de niño, porque solo le tienen los desgraciados principales,

que todos son pudorosos, orgullosos, ó lo que V. quiera, con la gente mas baja que ellos; pero viene un tiempo, amigo mío, en que la desgracia toma cierto carácter cínico y franco, y entonces el desgraciado que ha tenido esto que llamamos *clase*, se olvida de ella, y se le da tres pitos de que sepan su desgracia todos los hombres del mundo, mas altos ó mas bajos que él.

Al oír estas palabras, que salían de los labios de D. Ramon con cierta tranquilidad amarga, sonrojose ligeramente el rostro aristocrático de Luisa; pero nadie lo notó, y como entonces entraba la vieja Petra, dió otro giro Rafael á la conversacion, que no fué muy viva, porque

comían todos con bastante apetito. Acabaron por fin de cenar, separaron la mesa dejando libre la copa, y sentáronse los tres á su alrededor, escarbando el fuego con una llave vieja que servía de paleta. Encendieron D. Ramon y Rafael sus cigarros y se pusieron á fumar, y despues que la patrona recogió todos los chismes de la mesa y trajo dos velones á manera de candiles, apagados, les preguntó si querían algo, y dándoles las buenas noches se fué por la cocina á su camaranchou.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



EL PAVO REAL, LOS PATOS Y EL SOMORGUJO.

FÁBULA.

Encumios de acorde igual
conquistaba á ciento y mil
por su belleza ideal,
la cola de un pavo real,
de las aves del penal.

¿Qué mucho si sus colores
fieras de envidia admiraban,
despreciado sus colores,
las mas delicadas flores,
y sus destellos robaban?

¿Qué mucho si el arroyuelo
al reflejar su figura
en raudal y rápido vuelo
gozaba al farte en su cielo
del manto de su hermosura?

¿Qué mucho si á contemplarla
se paraba el mismo sol,
y para mas admirarla,

galante quiso prestarle
la magia de su arbol?

¿Mas quién creía que al hecho
de hieldad tan peregrina,
de su censura el derecho
se abrogara en su despecho
la envidia ruda y maligna!

Desde un ancho lodazal
dos patos, átroz quimera
alzaron al pavo real,
y con opinion igual
le hablaron de esta manera.

Tonto pareces,
miro vecino,
de isuro indio
eres á tí:

Con esas patas,
¿será posible
que haya ente horrible
cual tú te ves?

¿Pues qué diremos

de tu voz de oso?
es espantoso
tu atroz chillar.

¡Oh, tan salvaje
es tu graznido,
que su sonido
hace escapar!

Ente ridículo
que ahí tan vano
y tan ufano
te hallas de ti,

Contempla un poco
tu ruin figura,
y á su pintura
huirás de aquí.

Los patos aquí llevaron
sus críticas *razonadas*,
mas cuando menos pensaron,
de un somorgujo escucharon
sardónicas carcajadas.

Tontos de á folio
¿que estais diciendo?
¿pues no estais viendo
que siendo igual

Vuestra ancha pata,
vuestro graznido,
no habeis tenido
la cola real?

Bien el de la alforja dijo
ved los vicios, aquí estan;
ay! que van detrás es fijo
los nuestros, y en mal prolijo
los de otros delante van.

R. R. DE LA B.

LA CRUZ DE PIEDRA,

Leyenda de la edad media.

(Continuacion.)

—No, Ricardo, por Dios, no me abandones:
¿A qué buscar la muerte
En pos de los laureles de la guerra?
¿Dudas acaso de mi amor? ¿te hasta
Mi sin igual cariño?
¿No sabes que en la tierra
No has de encontrar quien te idolatre tanto?
—¿Dudar de tí? jamás. ¿Quién, vida mía,
Quién mas feliz que tu Ricardo fuera
Si, digno de tu mano,
La frente altiva levantar pudiera
Ante un mundo que amarte le acrimina,
Todo, no mas, porque nació villano?
—Siempre esa idea que tenaz te acosa;
Siempre el pesar sobre tu frente miro.
—¿Quieres que mi dolor no se redoble
Cuando el alba vecina
Va á separarme de mi dulce encanto,
De la muger por quien de amor deliro?
A Dios no plugo el que naciera noble;
Pero negar no quiso
Valor al corazon, fuerza á mi brazo.
La gloria no está aquí: voy á las lides
A morir ó vencer; y si es preciso
Buscaré una corona
Y la vendré á posar sobre tus sienes.
—¡Oh! no, no irás; la muerte no perdona
Ni á los mas esforzados adalides.
No te alejes, por Dios, si amor me tienes:
Dilata tu partida,
Yo á mi padre hablaré; nada me arredra.
Yo, de dolor transida,
Me arrojaré á sus plantas
Para ablandar su corazon de piedra.
—No, bien mio, perdou: la voz del cielo
Me llama á combatir; en Dios confia.

El, que acogió nuestro primer latido,
Y, amaros, dijo, á nuestras tiernas almas,
No querra, no, que nuestro amor se trunque.
Que en flor se agoste la esperanza mia.
Si, volveré: tu imagen hechicera
En torno de mi frente revolando,
Será mi luz, mi guía,
El ángel que me alumbró en mi carrera.
Y al atacar al enemigo bando,
Cuando vierta la sangre gota á gota,
Cuando la lanza enristre
Hecha un fuego la tez, retiembla el brazo
Y lata el corazon bajo la cota,
A morir ó á vencer, diré en mi arrojé,
Leonor viéndome está, valor y á ellos
Que el galardón me espera en su regazo;
Y denodado lanzaré mi potró
De la lid al revuelto torbellino.
Si; volveré cuando trascurra el plazo,
Noble, rico y triunfante
Para unir con el tuyo mi destino,
Diciendo al mundo: Leonor es mia,
Ya pechero no soy: envidia y calla.
—Parte, Ricardo, parte, por tu boca
La voz del Criador habló á mi pecho
Y su voz las pasiones avasalla.
Parte al punto, Ricardo.
Yo triste y solitaria,
Tardas viendo las horas arrastrarse
Mientras el sol de mi ventura aguardo,
Mi férvida plegaria
Por tí, mi bien, elevaré al Eterno.
Él viéndonos está desde esa altura,
Rico dosel de estrellas tachonado;
Inclinemos la faz: Ricardo, jura
Que siempre me amarás.

—Leonor, lo juro

Por esta cruz que se alza á nuestro lado.

—Y yo tambien por ella

Juro aguardar al triunfador soldado:

Y pura cual la luz que el sol destalla

El alma darte con mi vida junto.

—Ya luce el alba, Leonor.

—¿Tan pronto?

—Es preciso partir: ¡valor, Dios mio!

—Adios, Ricardo, adios: ¡ah, no me olvides!

—Jamás; ruega por mí, y adios te queda.—

Y en su mano imprimiendo un beso ardiente

Despareció por entre el bosque umbrío,

Mientras en luz hañando la alameda,

Reía por oriente

Fresca mañana de abrasado estío.

SEGUNDA PARTE.

Pobre niña de dulce sonrisa,
Castos labios y talle gentil;
Linda flor que meciera la brisa
Y orgulloso ostentara el pensil;
¿Quién sembró tu camino de abrojos?
¿Quién robó la frescura á tu tez?
¿Por qué alegres no brillan tus ojos
Que ha nublado mortal palidez?
¿Por qué triste consumes los dias,
Agobiada de pena y quebranto;
Tú, que un tiempo feliz sonreías,
Tú, del valle la gala y encanto?
El pesar tu ventura ha deshecho
Y trocado tus gozes en hiel,
Que al brotar el amor en tu pecho
Las espinas brotaron con él.
¿Dó se escondió el gallardo pechero
Tan amante y galán, Leonor,
Que admirando tu rostro hechicero
A tus piés deliraba de amor?
¿A dó intrépido guía su planta
De renombre y riquezas en pos?
¿O en que tierras osado levanta
Triunfadora la enseña de Dios?
Denso velo cubrió su destino;

Fuerte ya con su lanza y corcel,
En silencio su oscuro camino
Va cruzando el valiente doncel.
¡Ah! no flores; mitiga tu pena;
La esperanza sosiegue tu afán;
Y tranquila en tu frente serena
A estrellarse los duelos vendrán.

Aura suave, del prado delicia,
Que en su cáliz columpia la flor,
Quedo sopla y su sien acaricia,
Vierte en torno heleño y frescor.

Fuentecillas de manso ruido
Arrullada con grato sonar;
Y halagad, ruiseñores, su oído
Entonando armonioso cantar.

Fresca sombra te dé la espesura
Y fragancia te presten las flores;
Que risueña consuele natura
A la niña que muere de amores.

II.

Al llegar á este pasaje
Del antiguo cronicon,
Por fuerza soltó la pluma
El bueno del escritor;
Y adormido entre los brazos
Del soporífero dios,
Cruzó los años y meses
Allá entre sueños veloz.
Elo es que cuando el pobre
La su péñola enristró,
Seis años dejóse en blanco
Al seguir su narracion.
Sin duda perdemos poco
Con su silencio, lector;
Que era tierra muy tranquila
La tal tierra de Leon,
Y la linda castellana
Que, constante á su amador,
Su vuelta aguardando estuvo
Con mas paciencia que Job,
Es probable se calmara
Treguas dando á su dolor,
Y con rostro mas tranquilo
Mirara lucir el sol.
Porque antaño como hogaño,
Y lo mismo ayer que hoy,
Siempre han de ser las ausencias
Antídoto contra amor.
Estas son solo, querido,
Conjeturas que hago yo;
Que, á fé mia, no me precio
De ser ningun Salomon.
Pero, vate, ó lo que seas,
Al grano, al grano, hablador,
Estoy viendo que me dices
Dándole tono á la voz.
¡No nos dirás qué se ha hecho
Del valiente campeón
Que se lanzó por el mundo
De timbres y gloria en pos?
Carísimo, no sé nada,
Pues mi fiel historiador
Entra de lleno en seguida
A contar su tradicion.
Con que, escuchame y veremos,
Con la ayuda del Señor,
Si aclarando algo los hechos
Nos entendemos los dos.

III.

Sobre un alazan ligero,
Ancho escudo en el arzon
Y revestido de acero,
Galopando va un guerrero
Hacia el reino de Leon.

Su apostura y gallardia
Y blasonado broquel,
Revelan bien su hidalgua,
Y que es mozo de valia

El incognito doncel.

Las plumas de su cimera
Por el aire van flotando;
Y calada la visera,
Va en su rápida carrera
Tierras y pueblos cruzando.
—Vuela, vuela, en tí confío,
Grita el jóven, tú en la guerra
El mas fuerte y de mas brío,
Vuela, vuela, trotón mio,
Que está cerca nuestra tierra.

Y ya á mi pasión le tarda
Ver el castillo feudal,
Do tan fiel como gallarda,
Ha seis años que me aguarda
Mi Leonor angelical.

Dulce encanto de mi vida,
Ya cesó nuestro penar;
Mi promesa está cumplida
Y no hay nadie que me impida
Darte un nombre ante el altar.

Noble soy, rompi los lazos
Que me afrentaran, mi bien,
Y volar puedo á tus brazos;
Que en la lid hice pedazos
Mi infame yugo tambien.

Vuela, vuela, en tí confío,
No desmayes; tú en la guerra
El mas fuerte y de mas brío,
Vuela, vuela, trotón mio,
Que está cerca nuestra tierra.—

Y en su arrojó y ardimiento
Su voz al corcel provoca,
Que redoblando su aliento,
Veloz parte cual el viento
De espuma hirviendo la boca.

Ya el horizonte engalana
El vespertino arrebol,
Y la noche está cercana;
Que teñido de oro y grana,
Se hundió entre nubes el sol.

(Concluirá.)

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.